

“Musée des Beaux Arts”

W.H. Auden

En lo tocante al sufrimiento jamás se equivocaban,  
los Grandes Maestros: hasta qué punto comprendían  
su lugar en el mundo de los hombres; cómo hace acto de presencia  
mientras alguno come o abre una ventana o cruza por su lado sin prestar atención;  
cómo, mientras los viejos esperan con pasión reverente  
el nacimiento milagroso, hay siempre  
niños que no tenían ganas de que ocurriera, pues preferían patinar  
en un estanque junto al bosque.

No, jamás olvidaban  
que hasta el martirio más terrible ha de seguir su curso,  
no importa en qué rincón, qué paraje mugriento,  
donde los perros viven como perros y la montura del torturador  
se rasca el inocente trasero contra un árbol.

En el *Ícaro* de Brueghel, por ejemplo: cómo todo le vuelve  
la espalda a la tragedia sin inmutarse; es probable  
que el labrador oyera el chapoteo, el grito resignado,  
pero a sus ojos no era un fracaso importante; el sol brillaba  
como debía sobre las blancas piernas envueltas por el agua  
verde; y la nave costosa y delicada que vio sin duda  
algo asombroso, un niño que caía de los cielos,  
tenía adónde ir y prosiguió su viaje imperturbable.



*Paisaje con la caída de Ícaro*, 1560(ca.). Pieter Bruegel.  
Museo Real de las Bellas Artes, Bruselas.

“Lo que nos cuenta, hijo, la liebre de Durero”  
Santiago Elso Torralba

Deja, Guillermo, la razón a un lado  
e imagina que vas por un sendero  
y encuentras a la liebre que Durero  
pintó, temblando ella, tú asombrado.  
¡Es tan real, ahí, sobre la hierba!,  
que ya eres como Alicia en el espejo  
siguiendo a su estrambótico conejo.  
Aunque pintada, creo que te observa  
y, al ser eterna, ha de lograr que, cuando  
la muerte al fin me alcance con su galgo,  
se salve al menos de este día algo;  
que, cuando ya sin mí la estés mirando  
solo, te ha de contar que no lo olvida,  
que aquí nos vio a los dos, que así es la vida.



*Liebre*, 1502. Albert Durero.  
Galería Albertina, Viena

“Vermeer”

Wisława Szymborska

Mientras esa mujer del *Rijksmuseum*  
con esa calma y concentración pintada  
siga vertiendo día tras día  
la leche de la jarra al cuenco  
no merecerá el Mundo  
el fin del mundo



*La lechera*, 1657-1658. Johannes Vermeer.  
Rijksmuseum, Amsterdam.



“El rinoceronte”

Juan José Arreola

El gran rinoceronte se detiene. Alza la cabeza. Recula un poco. Gira en redondo y dispara su pieza de artillería. Embiste como ariete, con un solo cuerno de toro blindado, embravecido y cegado, en arranque total de filósofo positivista. Nunca da en el blanco, pero queda siempre satisfecho de su fuerza. Abre luego sus válvulas de escape y bufa a todo vapor.

(Cargados con armadura excesiva, los rinocerontes en celo se entregan en el claro del bosque a un torneo desprovisto de gracia y destreza, en el que sólo cuenta la calidad medieval del encontronazo.)

Ya en cautiverio, el rinoceronte es una bestia melancólica y oxidada. Su cuerpo de muchas piezas ha sido armado en los derrumbaderos de la prehistoria, con láminas de cuero troqueladas bajo la presión de los niveles geológicos. Pero en un momento especial de la mañana, el rinoceronte nos sorprende: de sus ijares enjutos y resacos, como agua que sale de la hendidura rocosa, brota el gran órgano de vida torrencial y potente, repitiendo en la punta los motivos cornudos de la cabeza animal, con variaciones de orquídea, de azagaya y alabarda.

Hagamos entonces homenaje a la bestia endurecida y abstrusa, porque ha dado lugar a una leyenda hermosa. Aunque parezca imposible, este atleta rudimentario es el padre espiritual de la criatura poética que desarrolla, en los tapices de la Dama, el tema del Unicornio caballeroso y galante.

Vencido por una virgen prudente, el rinoceronte carnal se transfigura, abandona su empuje y se agacela, se acierva y se arrodilla. Y el cuerno obtuso de agresión masculina se vuelve ante la doncella una esbelta endecha de marfil.



*La dama y el unicornio, siglo XV.*  
Museo de la Edad Media (Museo Cluny), París.

“Una tumba en Arundel”

Philip Larkin

Uno al lado del otro, las caras borrosas  
el conde y la condesa yacen en piedra,  
sus decorosos hábitos vagamente asoman  
en forma de armadura articulada, pliegues  
almidonados, y ese leve toque de absurdo:  
los perrillos bajo sus pies.

La simplicidad de ese prebarroco  
apenas llama la atención, hasta que el ojo  
capta el guantelete izquierdo de él,  
que, vacío, la otra mano sostiene, y ve,  
con una sorpresa a la vez brusca y tierna,  
que le está cogiendo la mano a la mujer.

No pensaron que durarían tanto.  
Esa fidelidad en efígie era apenas  
un detalle que los amigos verían:  
la amable gracia de encargo de un escultor  
que solo pretendía contribuir a que pervivieran  
los nombres en latín que hay en la base.

No imaginaban qué pronto,  
en su supino viaje estacionario,  
el aire se haría callado deterioro,  
los convertiría en ocupantes anónimos;  
qué pronto los ojos que vendrían luego  
comenzarían a mirar, no a leer. Rígidos

persistieron, unidos, a través de longitudes  
y anchuras de tiempo. Cayó nieve sin fecha. La luz  
cada verano inundaba el cristal. El alegre  
reclamo de los pájaros se esparcía  
por el mismo terreno sembrado de huesos. Y por los caminos  
llegaba la gente, infinita y distinta,

en una marea que barría su identidad.  
Ahora, desamparados en el vacío  
de una época sin heráldica, una madeja  
de lentos hilos de humo suspendidos  
sobre su fragmento de historia,  
solo una pose permanece:

el tiempo los ha convertido en algo  
falso. Esa fidelidad en piedra  
que nunca pretendieron ha resultado

su blasón final, y demostrado  
que nuestro casi instinto es casi cierto:  
lo que sobrevivirá de nosotros es el amor.



Tumba del Conde de Arundel y Eleanor de Lancaster, 1376 (ca.)  
Catedral de Chichester, Sussex.

“La gran ola”

José Pérez Olivares

Supongamos que la Gran Ola cobra vida en el viejo grabado de Hokusai, y desciende con toda su fuerza sobre las islas y los mares de Japón. Es una ola gigantesca arrastrándolo todo, una ola rugiente nacida, de súbito, en un extraño meridiano envuelto en los efluvios del calor y las estaciones muertas.

Supongamos que esa ola es la última noticia del siglo. Surgió en la mano del artista y ahora es un poderoso remolino de agua, una tromba a la altura de un rascacielos neoyorkino.

Cuando termino de escribir este poema, la Gran Ola estará arribando seguramente a las tibias aguas del Caribe, precedida de vientos que azotarán el litoral y la bahía. Su espuma amenazante mojará los pies de los niños, saltará los peldaños que conducen a mi casa, se deslizará por debajo de la puerta rumbo a las grises habitaciones donde yo deambulo conversando con mi sombra a la caída de la tarde.

La última imagen que tendré será la de mis papeles flotando con pereza encima de una ola.



*La gran ola de Kanagawa, 1830-1833. Katsushika Hokusai  
Museo Metropolitano de Arte, Nueva York.*